



David Goodilla

Fernando Gomez

El paraíso

IMPERFECTO

Cada vez más españoles asumen el aislamiento y la pérdida de relaciones sociales a cambio de tranquilidad. Se expande el fenómeno de los suburbios residenciales

jardines transitan por unas calzas en las que un barrendero retira la hojarasca caída, la única señal de suciedad en un pulcro edén. Todo en silencio.

La tranquilidad va unida a la privacidad. Frondosos setos que se elevan por encima de los dos metros se convierten en murallas que protegen de las miradas de curiosos. «Las relaciones son escasas, no son malas, pero sí escasas. Cada uno tiende un poco a ir a lo suyo», admite Marta, una de las

hijas de Carmen. Una coraza con el exterior que hace disminuir los contactos con los vecinos. «Hay una acusada tendencia hacia la individualización, al aislamiento», coinciden en señalar Callejo y De Lucas.

Sin embargo, si la influencia americana es evidente para el profesor de la Complutense —«el imperio es el imperio, y sus ideales nos entran por todos los poros»—, su colega en la UNED sostiene que la explicación va un po-

co más allá. «Es un modelo occidental, no sólo de Estados Unidos», matiza Callejo, que, al mismo tiempo, intuye que la sociedad en general, y los ciudadanos que habitan en complejos residenciales en particular, están inmersos en un proceso en el que el núcleo de amigos y familiares con los que se tiene contacto «es cada vez más reducido».

El Rincón de La Canal, un bar ubicado a la entrada de la urbanización, se convierte en un impro-

visado centro de reuniones, charlas y tertulias que se van animando a medida que avanza el día. Una peluquería —mejor dicho, dos: una canina permite que los perros del vecindario no desentonen—, un quiosco de prensa, una academia de idiomas, un supermercado y un local municipal en el que se organizan cursillos de todo tipo constituyen los otros lugares comunes del universo privado de La Marina.

Mediodía. Los residentes regresan a comer a sus casas. Una movilidad que, según Callejo, se ha visto favorecida por «la revolución del transporte». El aumento del parque automovilístico es un elemento fundamental para entender los pilares de un modelo de vida que requiere «un cierto estatus social». Los más jóvenes también huyen del servicio público. «Siempre vamos en moto, salvo algún fin de semana que pillamos el tren para ir a alguna fiesta», explican Bruno y Miguel, dos chavales de 16 y 17 años con la scooter aparcada al pie del adosado.

«No todo son ventajas», aclara De Lucas. En su opinión, los traslados y los desplazamientos para ir a trabajar son dos inconvenientes a los que se deben enfrentar los habitantes de estas urbaniza-

Aspectos de la vida cotidiana en urbanizaciones de Soto de la Marina, municipio próximo a Santander que ha triplicado su población en los últimos años por efecto del auge de las áreas residenciales.



ciones. «No hay que olvidar que, en ciudades como Madrid o Barcelona, hay horas en las que las entradas y salidas están absolutamente colapsadas».

Pero estos obstáculos no son óbice para que cada vez más españoles decidan que ha llegado el momento de emigrar. A pesar de que no existen datos concretos sobre cuántas personas han optado por trasladarse a estas residencias —en Estados Unidos, se calcula que la mitad de la población—, hay pequeños detalles que marcan una tendencia. El chalé en el que viven Carmen y su hija Marta se ha revalorizado en estos últimos años más de un 60%. «Todos los fines de semana viene gente recorriendo la zona para ver si puede comprarse algo aquí», apunta la joven.

Dirigismo

El profesor De Lucas es de los que cree que, detrás de esta fiebre de la urbanización, hay un cierto «dirigismo». A su juicio, el capital está haciendo «fuertes inversiones y crea su propia demanda», un proceso en el que los medios de comunicación y la publicidad ponen en marcha «determinados valores ideológicos», basados en el consumo masivo y en una cierta ostentación. «Residir en estos lugares puede dar una sensación de mayor rango social que en el centro de la ciudad».

Las horas en La Marina transcurren en una monotonía buscada por todos, porque lo que se paga es eso: monotonía. «Se apuesta por este modo de vida cuando la tendencia a salir de casa empieza a disminuir, cuando se prefiere retirarse del ajetreo del centro».

Las cinco de la tarde. Los pequeños regresan del colegio. Algunos llegan en los vehículos de sus padres. Otros, en el autobús escolar. Los más afortunados, Nintendo en mano y montados en sus bicicletas, comienzan a reunirse. Ocupan los jardines y el bullicio de la ciudad hace un amago de aparecer. La terraza del bar se puebla de gente. En el local social, varias mujeres participan en un curso de manualidades. Durante un par de horas, La Marina resurge. «La verdad es que la gente hace su vida en Santander», reconoce un vecino. No hay paraíso perfecto.